

ARACELI BRONCANO
FEDICARIA SALAMANCA
MARZO DEL 2005

IDENTIDADES EMERGENTES

"Cuando me preguntan por mi nacionalidad o identidad étnica, no puedo responder con una palabra, pues mi 'identidad' ya posee repertorios múltiples: soy mexicano pero también soy chicano y latinoamericano. En la frontera me dicen 'chilango' o 'mexiquillo'; en la capital 'pocho' o 'norteño', y en Europa 'sudaca'. Los anglosajones me llaman 'hispanic' o 'latinou' y los alemanes me han confundido en más de una ocasión con turco o italiano" (García Canclini, 1989: 302).

Las oleadas migratorias no son una novedad histórica, pero sí la velocidad e intensidad con la que se producen en este momento. Hoy, en el mundo telecomunicado, en el que los iconos culturales de los centros del imperio seducen a la periferia, ofertando un falso futuro de prosperidad a los individuos, la emigración hacia el llamado primer mundo se ha hecho masiva. El paisaje de las ciudades ha cambiado sustancialmente, transformado por esa curiosa mezcla de lo local y lo global. Es el espacio de la multiculturalidad, en el que el lugar se convierte cada vez más en lugar de paso, difuminándose su identidad como la de los individuos que en ellas habitan. Es aquí, en este mundo post-industrial, que viene llamándose la sociedad de la información, donde se ha ido institucionalizando un lenguaje multicultural: no racista, no sexista, de aceptación de las preferencias sexuales y otras particularidades humanas. Un tipo de lenguaje que cualquier político o política, sea cual sea su orientación política, pone mucho empeño en utilizar. Este lenguaje, “políticamente correcto”, es el escaparate perfecto para vender a la expectante Periferia un mundo globalizado en el que los prejuicios racistas son cosa del pasado, en el que cualquier persona, si sigue los pasos legales, puede acceder a los países del mundo “democrático”, y triunfar. Si tiene voluntad de progreso, si se forma y trabaja duro.

La Aldea Global, con sus instituciones democráticas y la regularización de la economía mundial bajo la eficaz ley del mercado es el horizonte que en la nueva sociedad de la información nos presentan como el futuro utópico que resolverá la discriminación y la injusticia.

Esto es lo que el discurso “políticamente correcto” de la nueva *sociedad de la información*, el neoliberalismo actual, quiere hacernos creer. Un lenguaje de la relatividad, contradictorio, donde, negadas las referencias, las diferencias ideológicas se desdibujan. El lenguaje de la

derecha defiende principios clásicos de la izquierda, la práctica de la izquierda defiende principios básicos de la derecha . Así pues la izquierda ya no es tal, la derecha ¿qué es?.

Asistimos a una “inutilización” de las palabras que definían realidades en el siglo XX. El grave problema es que puesto que las palabras no sólo nombran sino que a veces producen realidades, nos encontramos con una “desustancialización” del mundo conocido y este quizá sea el mayor triunfo del nuevo sistema mundial, de la llamada “Globalización”, puesto que han sido “privadas de sustancia” las diferencias. Todo parece un asunto de “preferencias”. En este mundo posmoderno, se puede ser, ecologista, antiglobalización, feminista, gay, de una ONG, votar al PP, y no hay contradicción,... “sobre gustos no hay nada escrito”.

Esta aparente flexibilidad no es tal, ya que no todo se relativiza. Hay una verdad básica , ineludible, que a nadie se le ocurre poner en cuestión si no quiere arriesgarse a ser tachado de haberse quedado anclado en el pasado, de antigualla viviente. Esta verdad indiscutible es la del sistema económico, *el capitalismo*. Se acepta que se puede mejorar, paliar sus errores pero es casi un dogma del mundo actual que el capitalismo es “el mejor de los mundos posibles”. Frente a este discurso múltiple posmoderno, sí hay una *unicidad admitida*, un pensamiento único homogéneo, el del sistema económico capitalista.

El capitalismo está estrechamente ligado a muchos de los temas que aparecen hoy en los debates posmodernos, concretamente el de las identidades. Si consideramos el modo de producción en un sentido más amplio que el meramente economicista, más allá del sólo desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, como una red compleja de articulaciones y desarticulaciones sociales, culturales, ideológicas y políticas, podemos analizar que es *un modo de producción de subjetividades*, tanto colectivas como individuales. En esta sociedad de la información, en este modo de producción postindustrial, globalizado (podemos aplicar diferentes acepciones dependiendo lo que queramos enfatizar), los mecanismos de creación de las subjetividades, de las identidades, es muy complejo. Tendríamos que introducirnos en el campo de cómo la violencia simbólica afecta a nuestras vidas privadas, de cómo las instituciones de nuestro entorno tejen sus mallas de poder hasta hacernos confundir lo que somos para abordar el tema de la formación de las identidades.

La profundidad de las transformaciones sociales, ideológicas y subjetivas de las últimas décadas, el cuestionamiento de identidades que las ciencias sociales tradicionales consideraban sólidamente constituidas

como la nación, la clase o la adscripción político-ideológica. Y la emergencia en el terreno teórico, porque en la realidad han existido siempre, de identidades como el género, la etnia, la elección sexual, el multiculturalismo etc, nos obligan a multiplicar las perspectivas en los análisis críticos del sistema mundial. Es ya un tópico recurrir al derrumbe del muro de Berlín para aludir al derrumbe de las sólidas bases ideológicas que nos servían de referencia identificatoria durante el siglo XX. Lo que se ha dado en llamar “la crisis de los grandes relatos”: el humanismo, el marxismo, el anarquismo, la modernidad en sí misma. Esta crisis de las ideologías ha hecho que no sólo entren en crisis las ciencias sociales sino que los mismos individuos hemos sufrido una pérdida de referencias identificatorias que ha hecho mella en nuestra seguridad personal y colectiva. La izquierda titubea en sus pasos como si de pronto le hubiesen robado su identidad, como si ya no tuviese discurso propio.

Se ha ido sustituyendo el discurso de clase, de la lucha anticapitalista, único y compacto, aún en sus diferencias, por un discurso fragmentado donde triunfan “las pequeñas historias”, las de los colectivos marginados: mujeres, minorías étnicas y homosexuales aparecen en el escenario teórico y político. Pero esta acentuación de las identidades particulares no está enriqueciendo un discurso poliédrico del sistema mundial en muchos casos, sino que se está haciendo a costa de la casi *expulsión de la categoría de lucha de clases*, fuera del discurso y fuera del escenario histórico y sociocultural. Pues la democracia, en la esta multiplicidad es posible y respetable, se ha ligado al capitalismo en el discurso político dominante

Capitalismo y democracia se venden como un par inseparables, que se transfieren la bondad uno al otro. Y este sí es un gran relato admitido, incuestionado, la base de la Globalización, puesto que mercado y democracia van unidos. Esta es una de *sus trampas*, ¿quién va a poner en cuestión la democracia?. Se nos presentan en la Historia como un par natural, causa y consecuencia uno del otro, *sólo porque hay libertad de mercado, hay libertad individual y por tanto libertad colectiva*. Esta “única verdad” es la base del pensamiento único, del único gran relato verdadero que no ha muerto.

Claro que esta lectura histórica olvida como los mercados han nacido en el abuso de poder, cómo han convivido históricamente, y tal vez han subsistido precisamente gracias a la esclavitud, la servidumbre y la explotación de la fuerza de trabajo. Olvida así, elementos que contradicen la inseparabilidad de la pareja capitalismo - democracia. Así como en la trampa también está que se olvida que es un par subordinado, de la

democracia al mercado, que este “discurso del par inseparable” ha convertido a la democracia en un fetiche, reduciéndola a puro procedimiento, a un logos sin ente, a un mecanismo frío con el que cada vez menos individuos se sienten representados. Basado en la imposición de normas arbitrarias disfrazadas de consensos mayoritarios, que ocultan el sometimiento y la injusticia de muchos miembros de la sociedad que viven en los bordes del sistema y que no saben qué significa consenso.

Es una *expulsión sospechosa de la categoría de clase*, en su intento de hacer lógico un discurso en el que las múltiples identidades quieren anular la similitud de intereses. Otra cosa es que tengamos que revisar los límites de la noción de clase, ya que, como señalan algunos teóricos marxistas actuales (Fredric Jameson, Terry Eagleton y Slavoj Žižek...), el “capital globalizado” ya no obtiene la plusvalía exclusivamente o principalmente de la fuerza de trabajo industrial clásica, sino a través de formas más complejas del trabajo social en su conjunto. Pero mientras exista propiedad privada de los medios de producción, mientras exista exclusión y explotación, habrá clases y habrá proletariado .

Se está cambiando el conocido proletariado industrial nacional por un *superproletariado mundial*, movable, estratificado, fragmentado, sin referencia espacial fija. Ya que tampoco el proceso de producción en este capitalismo globalizado tiene unidad espacial y de jerarquía. La explotación es más compleja y diversificada. El imperio, aludiendo al análisis que hacía Samir Amín del modo de producción capitalista en el último tercio del siglo XX, ya no tiene un centro y una periferia claramente definidas, la intrincada red de “flujos” económicos, comunicativos, culturales y de población han desarticulado las referencias tradicionales. Hoy el Tercer Mundo está también dentro del Primero, con la masiva inmigración hacia Occidente en busca de trabajo, tanto como el Primero está dentro del Tercero con las unidades de producción y de capitales industriales y financieros. (Negri, A. *General Intellect. Poder constituyente y comunismo* , Akal)

Retomando el tema de la multiculturalidad, de la multiplicidad y la heterogeneidad del pensamiento posmoderno, considero una conquista histórica la emergencia de las identidades particulares en el escenario teórico y sociopolítico: el género, la étnia, la preferencia sexual..., que siempre han existido pero que eran consideradas como “luchas menores”, de “pequeñoburgueses” por el marxismo clásico. Esto lo conocemos muy bien las mujeres de la izquierda que hemos soportado que nuestros compañeros de organización política escuchasen nuestras reivindicaciones con sonrisas de condescendencia y pasaran rápidamente a tratar temas “más importantes”. Esta conquista que para muchos colectivos, como las

feministas, ha significado un triunfo en la lucha por nuestra dignidad, por nuestra identidad, no creo sin embargo que sea una conquista que deba anular la explotación económica y el amordazamiento político que sigue existiendo, que pueda ocultar el hecho de que las discriminaciones y exclusiones se pueden superponer en una misma persona.

No podemos aceptar que las “identidades emergentes” surjan en el vacío dejado por la desaparición de las clases sociales. Este “supuesto vacío” ocupado por identidades particulares puede hacer olvidar el debate del sistema como totalidad articulada y ocultar la presencia cada vez más universal del *capitalismo como realidad totalizadora* frente a las realidades particulares, disfrazando con un discurso aparentemente liberador el hecho que todas las particularidades están conectas en la red social, que es esta red, donde unos pocos ejercen el poder y se apropian de los bienes, la que ha de ser el objetivo.

Se está poniendo la micropolítica al servicio de los intereses del sistema, en esa capacidad que históricamente ha demostrado el capitalismo para engullir discursos sociales que surgieron en principio como contestatarias. Y así se permite y alienta un discurso multicultural “políticamente correcto” que el neoliberalismo utiliza mientras a la vez oculta la explotación salvaje del trabajo en el Tercer Mundo y oculta que la segregación racista en el primer mundo tiene mucho que ver con el binomio raza - pobreza.

Peleamos nuestras batallas por los derechos de las minorías étnicas, de los gays y las lesbianas, de los múltiples estilos de vida, etc, mientras el capitalismo prosigue su marcha triunfal; y la teoría crítica de hoy, bajo su atuendo de estudios culturales, está sin querer haciendo su servicio final al desarrollo irrestricto del capitalismo, por la vía de participar activamente en el esfuerzo ideológico de transformar su presencia masiva en invisibilidad: en una muestra típica de criticismo posmoderno, la sola mención del capitalismo como sistema mundial tiende a despertar acusaciones de esencialismo , fundamentalismo y otros crímenes.

SLAVOJ ZIZECK

La ideología del imperio más poderosa es justamente una *estetización multicultural* extraordinariamente flexible, que desactiva rápidamente las potencialidades revolucionarias de la propia globalización. Los entusiasmos académicos por la diversidad cultural, lejos de cuestionarla contribuyen a la *legitimación* de una lógica de sistema.

¿Cómo enfocar entonces la lucha por la identidad? ¿Cómo situarnos ante “los otros” y nosotras mismas o mismos?. El pensamiento se mezcla con las emociones, la identidad hace referencia a las más íntimas convicciones de la persona sobre sí-misma-el otro, es relación interna y relación social, es dentro y es fuera. En este campo borroso, donde las fronteras se difuminan, parto de mi condición de mujer conectada a la red social de su época, y haciendo una lectura personal de teóricas feministas como Rossi Braidotti, teóricos marxistas: Escuela de Frankfurt, Toni Negri, Fredric Jameson, Rosa Luxemburgo..., teóricos culturales: Terry Eagleton, Slavoj Žižek, Eduardo Grüner, Mijail Bajtin, Pierre Bourdieu... y filósofos postestructuralistas: Gilles Deleuze, Félix Guattari, Paul Ricoeur y muchas otras pensadoras y pensadores críticos, abogo por un *sujeto situado*. Este sujeto que puede también caracterizarse como posmoderno/ postindustrial/ colonial/ feminista..., según la posición en la que uno-a se halle. En la medida en que ejes de diferenciación tales como la clase, la raza, la étnia, el género, la edad y otros entren en intersección e interacción entre sí para constituir la subjetividad, un sujeto que llama a la *presencia simultánea* de muchos de tales ejes, *consciente de sus construcciones históricas*. En el que lo afectivo se reconoce como el motor que impulsa el pensamiento. Nuestros deseos, nuestras emociones, son lo que nos impulsa hacia delante. Miramos hacia atrás y elaboramos una narración de nuestra historia, en la que las emociones señalan lugares “simbólicos”, pensamientos, grupos, espacios..., en los que hemos estado. Y con estas huellas, con lo que “ya no somos” nos impulsamos hacia delante. La identidad es una noción retrospectiva, narrativa. El lenguaje pues la conforma, la sustantiviza. En nuestra mente escuchamos las voces de los otros, a los que oímos y leemos, de lo que fuimos, de lo que deseamos. Este plurilingüismo, este pensamiento políglota es el del nuevo sujeto, el del sujeto crítico actual, que no acepta una simple internalización de los códigos establecidos, de las verdades aceptadas, que es más bien un proceso de negociación entre estratos, sedimentaciones, registros de habla, estructuras de enunciación. La verdad del sujeto se halla siempre entre el sí mismo y la sociedad.

Aceptar este plurilingüismo, es “situarse en las fronteras”, en los límites de los conceptos, sin caer en el relativismo, ni en el cinismo, sin permitirse olvidar la injusticia y la pobreza simbólica, *en permanente rebelión* contra las verdades establecidas por el poder, no sólo el que deriva del sistema de producción y de los modos culturales sino también los micro-poderes presentes en las instituciones y los grupos sociales, en la vida cotidiana.

Araceli Broncano

Salamanca 7 de Marzo del 2005